

El delirio de la globalización

La literatura tras el camino y los caminantes

César Esteban Sanabria Oviedo

Alumno de sexto ciclo de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Por un claro mandato de conciencia, cumplo con acomodar desde un inicio mis excusas y confesar que, pese a lo que el título consignado pudiera sugerir, la palabra “globalización” aún me desconcierta. Abordarla, por ende, con cierta autoridad académica, me superaría. Mas, si bien no existe forma de escribir adecuadamente sobre lo que no se conoce, ello no obsta “recurrir a la intuición o a la literatura para obtener algún tipo de comprensión, no científica, de aquellos aspectos de la experiencia humana que escapan -al menos por el momento- a un conocimiento más riguroso”⁽¹⁾. Y es sobre esta modesta aspiración que se escribieron los siguientes comentarios.

La literatura, queda claro, más allá de los objetivos que se le han querido imputar, nunca fue extraña a las circunstancias de cada etapa histórica. Siempre han habido inspirados que, pregonando las acciones de su tiempo, con interés social o sin él, propiciaron esta forma particular de conocimiento. Se poseen de ellos testimonios tan preclaros que sería vano empezar a enumerarlos. Me conformo con proclamar la perennidad de su labor y, aún más, la aparición constante de autores que prosiguen impertérritos la narración de lo que queda de humano en el camino que recorremos.

De hecho, como para no tener que soportar las malas traducciones, el escritor boliviano Edmundo Paz Soldán, conspicuo representante de la denominada generación *McOndo*⁽²⁾, responde generosamente a nuestras palabras. A pesar de vivir desde hace muchos años en el norte de América, este ex estudiante de ciencias políticas ha desarrollado la mayor parte de sus novelas en una ciudad ficticia, aunque típicamente sudamericana, a la que bautizó como “Río Fugitivo”. Con este nombre tituló además su tercera novela, en la que se determinó el canal por el que discurrirían sus obras siguientes, por cuanto en ella no se limitó a narrar los extraños sucesos en que se envuelve un crío medio intelectual en un colegio provinciano de curas, sino que esbozó con solvencia el trasfondo social de una Bolivia recientemente convulsionada. Y esto, que no es un simple ornamento en su obra, complementa acertadamente la trama de “Río Fugitivo”.

De esta forma las relaciones políticas, económicas y sociales de Bolivia se constituyeron en preocupaciones constantes de Paz Soldán. Tanto es así que, sin pretender atribuirle un compromiso social específico, me serviré de su última novela, *El delirio de Turing*⁽³⁾, en la que consigna el descontento ciudadano frente a las políticas económicas del gobierno, para raspar el inabarcable tema de la globalización.

1. La dictadura.

Para empezar, si hay algo que atraviese la novela, hilvane su historia e insuffle vida a los personajes, es el pasado político que los relaciona extrañamente. Las reminiscencias de una sangrienta dictadura que asolara a su país, condicionan la trama. Desde las primeras páginas, se descubre que las vidas de los ex partidarios y los ex opositores, a quienes el destino convoca y separa caprichosamente, están marcadas, casi diría trastornadas, por

(1) SOKAL, Alan y Jean BRICHMONT. *Imposturas Intelectuales*. Barcelona: Ediciones Paidós, 1999. p. 207.

(2) Así se le llama a una generación de escritores latinoamericanos que pretendió acabar con la inmediata y típica identificación que en ciertos círculos se hace entre la literatura latinoamericana y el realismo mágico. *McOndo* fue el título de una compilación de cuentos de jóvenes escritores, entre quienes que figuran Fuguet, Bayly, Paz Soldán, entre otros.

(3) PAZ SOLDÁN, Edmundo. *El delirio de Turing*. Lima: Alfaguara, 2003. Vale aclarar que esta novela es más compleja de lo que se va a mostrar en este artículo. Hay ciertos elementos que la configuran y la enriquecen que no serán tomados en cuenta, por cuanto superan nuestros objetivos.

lo que significó el gobierno represivo del ex General Montenegro. Pero el dato supremo, lacerante, que resalta aún más lo reseñado, es que unos años después del regreso de Bolivia a la democracia, que es el tiempo propio en que se desarrolla esta historia, el ex dictador resulta siendo Presidente, ahora constitucional, de la República. De manera que el gobierno “democrático” de Montenegro, en la novela, se aproxima al de Fujimori, en el Perú, por cuanto, reducida la democracia a un puro ejercicio electoral, asumió, abierta o veladamente, no pocas prácticas autoritarias⁽⁴⁾.

En fin, las dictaduras, que han alimentado la narrativa de tantos autores latinoamericanos, fueron, comparativamente, una propiedad de nuestros países durante las décadas del 60 y del 70. Los gobiernos militares, de izquierda o de derecha, denostando de los históricos problemas nacionales, usurpando el *mandato* de un pueblo sin el poder para revocarlo, se reprodujeron en nuestro sub-continente tan pródigamente como se reproduce la gente.

¿Quién puede extrañarse sinceramente por la retahíla de dictadores que cayó sobre los destinos de nuestros países? ¿Quién puede afirmar que aprendimos esta lección repetida tantas veces y, a la vez, soslayar la idea de que nuestro irrefrenable furor democrático no es más que una reacción previsible ante el nivel de corrupción que alcanzó el gobierno fujimorista?

Repasemos a Luis Britto García: “en las épocas de crisis, el ciudadano, angustiado por las amenazas que se ciernen sobre su pequeño destino, acepta las soluciones autoritarias”⁽⁵⁾. Sin prejuicios, esta frase sentencia la fragilidad de nuestros sistemas democráticos y, de una amplia gama de ejemplos, enciende uno de nuestros más pesados recuerdos: el del 5 de abril de 1992. De acuerdo, se atropelló la Constitución, pero ¿no fue acaso una medida mayoritariamente respaldada? Si así fue es porque la democracia formal, que es la que hemos padecido, no representa más los intereses del país. Y, como gravemente replica Touraine, “si la democracia no es más que un conjunto de reglas y procedimientos, ¿por qué los ciudadanos habrían de defenderla activamente?”⁽⁶⁾. Mientras no se resuelva esta desconexión, los autoritarismos subyugarán a nuestras naciones y, más allá de quienes preconizan su conveniencia, las dictaduras serán una medida latente. Mejor entendamos pronto que, si la democracia se asienta en la responsabilidad de sus ciudadanos⁽⁷⁾, es muy probable que no la avistemos en mucho tiempo.

2. La masa.

En la novela, la ciudad de Río Fugitivo se halla convulsionada por una serie de protestas que la Coalición (unión de grupos opositores al gobierno) convoca a raíz de la subida de las tarifas de la luz eléctrica. El consorcio extranjero que había ganado la licitación de la empresa estatal de electricidad, en vista de la difícil situación por la que atravesaba el país, había anunciado el aumento de sus precios para financiar la construcción de una nueva central eléctrica. El bloqueo de carreteras, las marchas populares y, a su vez, la fuerte presencia militar en las calles, son el escenario en que se desarrolla la novela. La crisis monopoliza los noticieros, los diarios, las conversaciones, exacerba las denuncias al pasado dictatorial de Montenegro; la gente, la masa, se une, se compacta, y se vuelca sobre las calles, con la notable diferencia de que esta vez, en esta ciudad, no sólo son las clases populares las que intentan expresarse socialmente, sino que junto con ellas se identifica y protesta la gente de niveles económicos más altos. Empero, no falta quien juzga estas acciones, no como el reclamo justo de una población a la que no hay nada más que pedirle (porque se entregó entera, hasta el hambre)⁽⁸⁾, sino como un desorden pernicioso, inmanejable, que acabará por espantar a los inversionistas y, junto con ellos, nuestras posibilidades de desarrollo. A aquellos, quizás, les inunda la cabeza la dura ilustración que, al principio de una de sus mejores obras, realiza Oriana Fallaci sobre **la masa**, a la que abomina por su rugido, que nada tiene de humano, que no proviene de seres humanos, “criaturas con dos brazos y piernas y pensamiento propio; (...) (que es) el grito de una bestia monstruosa y sin pensamiento, la multitud (...)”⁽⁹⁾.

(4) No es difícil identificar a Montenegro, en la vida real, con el ex dictador boliviano Hugo Banzer, presidente *de facto* entre 1971 y 1978; quien luego, en 1997, a través de las urnas, recibió nuevamente la presidencia de la República boliviana para, finalmente, renunciar a ella en el año 2001. Murió poco tiempo después.

(5) BRITTO GARCÍA, Luis. *El imperio contracultural: del rock a la postmodernidad*. Caracas: Nueva Sociedad, 1991. p. 13.

(6) TOURAINE, Alain. *¿Qué es la democracia?* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. p. 18.

(7) *Ibid.*; p. 99.

(8) En Bolivia, seis de cada diez personas viven por debajo de la línea de pobreza.

(9) FALLACI, Oriana. *Un Hombre*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor, 1991. p. 11.

La población de Río Fugitivo protesta, en última instancia, porque considera que su gran gobierno no representa más sus intereses. Cuando la transnacional, GlobaLux, como no podía ser de otra manera, antepone sus ganancias de forma casi irracional (el aumento de sus tarifas es del 80 por ciento), el gobierno, que no parece tener un objetivo ulterior al del ansiado contrato de concesión, ni otro objeto para sus más febriles fantasías que el de la inversión extranjera, se abstiene de interpretar el clamor popular.

Sin temor a ser injustos, podemos afirmar que tal ha sido la tendencia general de nuestros gobiernos los últimos años. Frente al crecimiento del desempleo, así como del número de jóvenes que, casi en tropel, terminan cada año el colegio, el instituto o la universidad, el Estado, que se adhiere con fruición a las letanías técnicas de los sacerdotes del mercado, se congratula por sus cifras macroeconómicas. Mas, ¿en qué cabeza puede haber la idea de que la creciente demanda de empleos puede verse algún día satisfecha por la sola actuación **racional** de la voluntad privada, o sea, empresarial?⁽¹⁰⁾ Ya entendimos que atraer la inversión extranjera es necesario y, en ciertos casos, urgente. Pero el hecho de que tan importante aspecto se extienda hasta contagiar indiscriminadamente la actuación de todo el Estado, nos arroja a una actuación pública pervertida. Es un contrasentido confiar en que el bienestar del país se va a conseguir con la sola atracción de inversión privada (que desde luego jamás será suficiente) cuando, para conseguir atraerla, abdicamos de los derechos sociales que con sangre conquistaron nuestros abuelos.

Al igual que la gente de Río Fugitivo, la Bolivia convulsionada por el problema del gas de Tarija, le increpaba a su gobierno la deficiente defensa de sus intereses nacionales. No solo la ruta final para la exportación del gas fue el tema azaroso; también se condenaba la perjudicial ley de hidrocarburos que Sánchez de Lozada promulgó en 1996, durante su anterior gobierno, además de la drástica reducción del pago de regalías y la disminución artificial del precio por millar de pies cúbicos de gas. El gobierno, al parecer, entregaba el gas boliviano en condiciones totalmente desventajosas para los intereses del país. Y esto, lamentablemente, no constituye un caso excepcional en las negociaciones públicas.

En todas partes, luego de que los últimos diez o veinte años nos abocáramos con pasión a la tarea impostergable de reducir los Estados (mediante la privatización de empresas públicas principalmente), se levantan hoy voces que denuncian los errores de forma o de fondo en que se incurrieron o, simplemente, las malas negociaciones que se realizaron durante dicho proceso. Desde luego también en el Perú han existido cuestionamientos por el estilo, que no son importantes mencionar, pero que están ahí, despertando suspicacias, deslegitimando una política económica que no muestra señales de cambio. Que nadie se extrañe entonces cuando al grito liberal de “¡el estado es un mal empresario!”, se agregue el no menos veraz de “¡el estado es un mal contratante!”. Un pésimo vendedor.

Pero son contratos que se deben respetar porque están en relación directa con nuestra capacidad de seguir convocando capitales. Por eso, a cada agitación política deben salirle al paso los ministros o el mismo presidente para calmar las aguas y reafirmar su irrestricto respeto por los contratos celebrados. Pero, cuando sucedió lo de Egasa y Egesur, a Arequipa le soslayan su derecho de reclamar la validez de un compromiso que, pese a no ser de la misma naturaleza que los anteriores, no merece la deshonra del incumplimiento.

Entre tantos errores, al fin, no podemos seguir lucubrando al Estado como una entidad abstracta, ineficiente y pernicioso, a la que hay que acorralar, reducir, disimular y, cuando convenga, despertar. Corresponde inquirir más bien por lo que el organismo oculta detrás: simples personas, muchas personas, que ostentan en su mayoría un espíritu liberal y, a su vez, copan los puestos del gobierno, como funcionarios o hasta ministros. Y son estos, empresarios, abogados, economistas y/o familiares, que se relacionan con el Estado o lo componen, mientras lo critican por su tamaño y mal uso, quienes propician o permiten su conversión en una inagotable fuente de empleos para los partidarios del gobierno. Desde sus puestos, los validos del **libertarismo** materializan la incapacidad que sus teorías le imputan al Estado. Ahí se les ve, traicionando, por acción u omisión, el discurso liberal con el que al resto del país se nos mantiene en suspenso. Liberales de verdad, hay que verlos, ¿dónde están?

(10) “¿Pero en nombre de qué, Dios bendito, el país y todos los países, y ante todo los partidos de izquierda, creyeron durante años que la prosperidad de las empresas equivaldría al de la sociedad y que el crecimiento económico crearía puestos de trabajo?”. FORRESTER, Viviane. *El horror económico*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1997. p. 91. Al leer este libro, y darnos cuenta que tan graves observaciones se hacen nada menos que a la situación social (laboral) de Francia, es difícil no ver nuestro futuro con desesperanza.

3. La Globalización.

Cerca al colegio San Ignacio de Río Fugitivo, un ex trabajador minero, emigrado de Oruro y Quillacollo, trabaja arreglando bicicletas e inflando pelotas en el taller de su casa. Es un “relocalizado” que, en su momento de mayor crisis, estuvo tentado de irse al Chapare a plantar coca, en lo que es la única actividad de subsistencia para mucha gente pobre en Bolivia. Este hombre, literalmente estancado, sin más nada que perder, bien pudo haber sido aquel ex minero de 46 años que, en lo más álgido de las protestas por el tema del gas boliviano, le dijo al periodista del New York Times que “la globalización es sólo otro nombre para la sumisión y la dominación”⁽¹¹⁾. ¿A qué se refería con ello?

En primer lugar, como sucede con el común de la gente, este hombre intuye la marcha de un proceso supranacional, es decir, **externo** a los Estados nación, en la medida en que escapa a su control y se muestra inexorable. Los ciudadanos de los países en desarrollo lo perciben, además, como un hecho **superior**, en la medida en que no sólo escapa al control de sus Estados sino que los subordina imponiéndoles prácticas que los del primer mundo no tienen que cumplir. Aunque esta es una visión sesgada del proceso, por cuanto sólo lo reduce a un aspecto económico, en el que la globalización es sinónimo del FMI, OMC y demás organismos internacionales, no es por ello menos cierta.

Dicha visión, que se aplica en la novela por ser la que se percibe en nuestros países, es conocida como **globalismo localizado** pues se concentra antes que nada en el impacto de las prácticas y los imperativos transnacionales sobre las condiciones locales “que son así desestructuradas y reestructuradas con el fin de responder a dichos imperativos”⁽¹²⁾. No es impropio sostener que esta forma de la globalización recae casi exclusivamente sobre los del tercer mundo, que asumen por lo general el papel de **espectadores** en este proceso.

El aspecto económico de la globalización, que monopoliza nuestras apreciaciones sobre el tema, no hace sino confinar a los países periféricos como Bolivia o Perú a una posición eternamente desfavorable. Así, sus poblaciones, que en su mayoría no pueden acceder a los niveles de vida que los avances tecnológicos ofrecen y van elevando, observan a sus gobiernos recibir lecciones de política económica de organismos que, sin molestarse en ocultarlo, se superponen a sus soberanías y, consecuentemente, subvierten su noción de independencia. De lo que hablamos en definitiva es de la imposición de un paternalismo económico que, lamentablemente, no ha sido acertado ni capaz de promover un discurso alternativo. En tal sentido tenemos la denuncia que formula Stiglitz sobre cómo el FMI ha dirigido la liberalización de los mercados en los países del tercer mundo, la misma que se contrasta con las “historias de éxito” que se han dado en los países que no adoptaron pasivamente las recomendaciones de dicho organismo⁽¹³⁾.

Recordemos: Bolivia fue el primer país de la región en adoptar la economía de mercado, y lo hizo casi inmediatamente después de finalizada la dictadura de Hugo Bánzer. Desde entonces, cumplió disciplinadamente las pautas establecidas por el FMI e inclusive sus presidentes han gozado de una gran aprobación en Washington. El próspero empresario Gonzalo Sánchez de Lozada, por ejemplo, vivió tanto tiempo en EE.UU. que es conocido por sus conciudadanos como “el gringo”⁽¹⁴⁾. Lo cierto es que no puede considerarse que el país fuera un alumno inaplicado y menos aún ignorar que, tras 21 años de abrazo a la economía de mercado, su bienestar es mucho menor que antes.

Revisando lo que se ha comentado hasta el momento, un lector avisado podría caer en la cuenta de que, pese al uso reincidente de la palabra **globalización**, de lo que hablamos en definitiva es de lo que se conoce como **neoliberalismo**, que es el modelo que propiamente difunde las medidas que nuestras poblaciones han venido cuestionado. Ambos conceptos -globalización y neoliberalismo-, a pesar que nos los quieren presentar inextricablemente unidos, hasta la confusión, son en verdad dos cosas distintas. Por eso no falta quien aduzca

(11) www.nytimes.com. Edición del 17 de octubre de 2003.

(12) DE SOUSA SANTOS, Boaventura. *La globalización del Derecho*. En: *Selección de textos del curso de Sociología del Derecho*. Lima: PUCP, 2002. p. 589.

(13) STIGLITZ, Joseph. *El descontento con la globalización*. En: *Selección de textos del curso de Sociología del derecho*. Lima: PUCP, 2002. p. 649.

(14) Pese a que no debiera pasar de una anécdota, esta percepción que se tenía de Sánchez de Lozada fue varias veces utilizada como argumento o invectiva durante las protestas que propiciaron su renuncia.

que, si bien la ideología liberal es la que ahora administra la globalización, no puede confundirse a una con la otra, puesto que justo así “le conferimos al ultraliberalismo el carácter irreversible, ineluctable, de todos los avances tecnológicos que definen a la globalización, no al liberalismo. Sobre todo -dice Forrester- olvidamos que globalización no requiere de una administración ultraliberal y que ésta última sólo representa un método (...) entre otros posibles”⁽¹⁵⁾.

El liberalismo no es un modelo fatal. Tan es así que se tuvo que crear un organismo como la OMC, que centraliza en su seno las decisiones, acuerdos y medidas que se pretenden implantar en el mundo del comercio, para mantener incólume la adhesión de los países a ese modelo. Formalmente, la máxima instancia de decisión de este organismo es la muy cuestionada Conferencia Ministerial, que se celebra cada dos años y en la que participan representantes de todos los países miembros. Precisamente en la celebrada en Seattle en noviembre de 1999, bautizada la Ronda del Milenio, ocurrió una serie de protestas que consiguió interrumpir las negociaciones en el segundo día de la cumbre. Seattle fue el rechazo a una globalización que, paradójicamente, concentra la riqueza en pocas manos.

Pero lo más grave en el caso de la OMC es que, al tratarse de un organismo sumamente complejo, hay muchas reuniones, comités y dependencias que ven diversos aspectos y sesionan simultáneamente, reduciendo así “drásticamente la participación de la mayoría de países del sur (...) (a quienes) resulta prácticamente imposible permanecer al corriente de todo (...)”⁽¹⁶⁾. La esperanza de una verdadera participación radica sólo en la Conferencia Ministerial, la cual lamentablemente también ha devenido en escenario de negociaciones parciales y, en cierto sentido, excluyentes. Los *green room*, que eran reuniones casi privadas entre los países poderosos y algunos del tercer mundo, fueron constantes en Seattle. No es impropio afirmar entonces que este poderoso aspecto de la globalización es dirigido en función de los intereses de los países del primer mundo que, para difundir el libre comercio mundial, presentaron “una imagen invertida de su propio desarrollo -para consumo de ingenuos- que hacía aparecer la libertad de los mercados como su condición inicial y necesaria”⁽¹⁷⁾.

5. La juventud.

El hijo de ese ex minero que arregla bicicletas cerca del colegio San Ignacio, viendo en el taller de su padre a chicos como él pero *con dinero en la billetera*, o acompañando a su madre a lavar ropa en casas obscenas de tan enormes, **ya está dejando de ser un niño y va aprendiendo de injusticias**⁽¹⁸⁾. Es el primer alumno de su clase. Le llaman la atención por adelantarse en las lecciones, **por aprender por su cuenta**. En fin, cobija con su habilidad la última esperanza de sus padres por mejorar de condición algún día.

Pero, con la propagación de los cafés de Internet en Río Fugitivo, este muchacho, que era experto en videojuegos, pasa a los juegos de computadora, destacándose y atrayendo la curiosidad y admiración de los aficionados. El colegio lo abandona y, ante el disgusto de su familia, deja también su casa. Pronto se convertirá en un *hacker*, violará códigos con sumo éxito y se hará de mucho dinero. Escuchará mientras tanto que se hacen protestas en Seattle contra el nuevo orden mundial, sentirá cómo la recesión se cierne sobre el país y, en algún momento, asociará el modelo neoliberal, que se adoptó en Bolivia hace más veinte años, con el cierre de las minas que dejó sin trabajo a su padre. Pasará todo el día en la computadora, en un programa reciente que simula un mundo virtual, con sus calles, sus casas, sus hoteles, sus barrios peligrosos, sus bares y, desde luego, con reglas que seguir. Ahí conocerá a todo tipo de personas (exactamente como le ocurriría en el mundo real si saliera a él), entre las cuales encuentra a una chica que, con sus graves reparos a la globalización y al poder del Estado Nación, le ayudará a descubrir un camino. Dispuesto a emprenderlo, ingresa al sitio en Internet del Citibank y, en lugar de robar alguna fortuna de las cuentas, sabotea la página y coloca en ella la foto del viejo Marx. Empieza con eso una serie de “hazañas” contra los sistemas de varias transnacionales así como del propio gobierno, mientras su nombre se hace legendario en todo el país: Kandinsky.

(15) FORRESTER, Viviane. *Una extraña dictadura*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000. p. 11.

(16) GEORGE, Susan. *Pongamos la OMC en su sitio*. Barcelona: Icaria, 2001. p. 21.

(17) FRANCO, Carlos. *Comentarios a la ponencia de Jürgen Schuldt*. En: *Neoliberalismo y desarrollo humano. Desafíos del presente y del futuro*. Lima: CEP, 1998. pp. 126-127.

(18) PAZ SOLDAN, Edmundo. Op. cit.; p. 55-57.

La resistencia en Río Fugitivo es especial: de forma paralela a las protestas tradicionales dirigidas por la oposición, en las cuales destacan los coccaleros, se inicia una nueva forma de protesta a través del boicot de los sistemas del gobierno que es llevado a cabo por un reducido grupo convocado por Kandinsky, el líder de veinte años a quien nadie conoce en persona. Paradójicamente, estos *hacktivistas* se sirven de la tecnología, cuya difusión se considera un beneficio de la globalización, para atacar al orden de ínfulas cosmopolitas.

Ante esto, el gobierno es vulnerable. Su agencia secreta, que se había llenado de *PCs* y jóvenes tecnócratas, en perjuicio de los dinosaurios que tan buenos servicios le habían brindado durante la dictadura, parece superada. Pero, finalmente, una colegiala, sin más ayuda que sus dos computadoras, inclina la balanza a favor de la represión.

Leyendo la historia, aparece la idea de que los protagonistas de la globalización son los jóvenes, en tanto que, a diferencia de la generación del 68, aquella los atraviesa desde su niñez. Son ellos, afirman unos, los que están en mejor capacidad para entenderla⁽¹⁹⁾ y, de darse el caso, oponerse a la manera como se le pretende dirigir (Seattle).

Pero con la esperanza se gesta también el peligro. Y el gran peligro de este tipo de luchas que se arrojan aspiraciones de justicia, es la degeneración del idealismo, que le provee de simpatizantes, en fanatismo. La apoteosis de Kandinsky no se ve exenta de ello. En la novela observamos cómo la labor de los *hackers*, que se involucran en la lucha contra las políticas del gobierno por el deseo de suprimir la opresión económica sobre su país, es de inmediato contaminada por un extremismo que, aunque aislado, es característico de los medios vacilantes -no bien determinados- con los que se emprende la labor. Sucede así porque estas luchas son **primaveras**, caracterizadas por un “alto grado de espontaneidad y solidaridad social”⁽²⁰⁾. Es decir, definidas al menos al inicio por oposición. Son reactivas.

Pero a veces el peligro aludido, visto a través del crisol de una realidad insondable, puede significar el único medio de protesta de muchas personas. Pienso en Lee Kyong Hae, el campesino surcoreano que, en la última conferencia de la OMC celebrada en Cancún en el mes de setiembre, atribulado por la competencia con las grandes multinacionales, se suicidó en plena calle, a las afueras de donde se llevaba a cabo la cumbre ministerial. Y, aunque se deplora todo acto de violencia, es justo reconocer que son sacrificios como éste los únicos que a veces nos hacen levantar un poco la mirada del suelo.

Sí, señor lector, las computadoras personales se han multiplicado y modernizado con una constancia drástica, al punto que podemos afirmar que pocos son los lugares en que falta el servicio de Internet que le es inherente. El mundo por él se muestra sin remilgos, con toda su grandeza, a más y más cantidad de personas, sin hacer las absurdas distinciones de antaño. Y la gente, contenta. Pero mientras este mundo virtual se abre obscenamente, el real se cierra y exacerba las distinciones más infames. Mientras los mercados se abren al libre flujo de un capital intangible, que va y viene, el mercado laboral se contrae y, por todos los medios, encadena a los más perjudicados, o sea, a los de esta gran parte, a su condición. Los países del primer mundo le cierran sus fronteras a nuestra gente. Porque es absolutamente previsible que, padeciendo lo que padecemos, una ingente cantidad de nuestros ciudadanos sólo añore la oportunidad de escapar de aquí. Contra esa realidad es que se manifiestan las personas y se convoca Porto Alegre.

Hay algo de patético en la lamentable escena que persigue a cada cumbre de presidentes o ministros o lo que fueren, en la que de forma simultánea a ellas se realizan por franca oposición las reuniones de grupos de base que manifiestan su disconformidad⁽²¹⁾. Las primeras se realizan con el ribete de “oficiales”, invirtiendo grandes presupuestos y con resguardo policial y hasta militar; las segundas, son populares, sin mayores presupuestos y, por lo general, acaban en trifulcas con la fuerza pública. A las primeras asisten, en primera clase y con sendas comitivas, los representantes de las naciones y pueblos de todas partes del mundo; a las segundas, no importa cómo se llegue, porque quienes van no representan a ningún pueblo, son el pueblo mismo, porque casi todos los

(19) ESTEFANÍA, Joaquín. *Hij@. ¿qué es la globalización?* Barcelona: Paidós, 2003. p.26.

(20) SEOANE, José y TADDEI, Emilio. *De Seattle a Porto Alegre. Pasado, presente y futuro del movimiento anti-mundialización neoliberal*. En: *Resistencias Mundiales*. Buenos Aires: CLACSO, 2001. p. 105

(21) En mayo de 1997 se realizó la III Cumbre Sindical, paralela a la Cumbre Ministerial del Área de Libre Comercio de América. En abril de 1998 se realiza la Cumbre de los pueblos de las Américas, paralela a la II Cumbre Presidencial de las Américas y, de alguna manera, Porto Alegre fue una reacción a Seattle.

participantes o son personas espontáneas o son organizaciones de base más cercanas a la gente que los gobiernos. Es el pueblo que, ante las demandas de Hardt y Negri, quienes critican el abandono de la internacionalización que definió a las luchas progresistas en las décadas pasadas⁽²²⁾, ha empezado a generar las vías para la oposición universal a lo que muchos consideran un Imperio que se pretende autolegitimar.

Entonces, si el pueblo está en Porto Alegre, ¿a quiénes representan esos señores en las reuniones de la OMC, FMI y demás? Para unos el mensaje que se lanza es claro: ya no necesitamos representarlos, sabemos lo que necesitan. Listo. La legitimidad les sale del monopolio de la fuerza, de las elecciones de puro trámite o, mejor aún, de nuestro muy civilizado temor al desorden, a la anarquía, al estado de naturaleza. Mas, no hay promesa de una vida mejor que justifique un sufrimiento intergeneracional creciente.

La globalización es la **cultura dominante** que, como no podía ser de otra manera, alberga en su propio seno a los movimientos anti-globalización que, si bien se iniciaron como una **sub-cultura**, ostentan ya la categoría de una **anti-cultura**. Ante esto, la sociedad, según las profundas expresiones de Britto García, deberá responder de manera tal que la tensión natural entre la **cultura dominante** y la **anti-cultura**, se resuelva de forma adecuada sin la destrucción de ninguna de las dos (evolución). Aunque pudiera ocurrir también que lo hiciera tardíamente y mediante la supresión de las legítimas aspiraciones de cualquiera de ambas (revolución); pero también -y esto es lo que al parecer vivimos- puede limitarse a “responder a las situaciones nuevas con las mismas viejas respuestas, sin aprender nada de las realidades supervinientes”⁽²³⁾. Y esto es decadencia pura.

Ciertamente, mientras la globalización sea un fenómeno mal entendido, como parece que ocurrirá por mucho tiempo, nadie podrá actuar correctamente. Los que la pontifican se enredaran con sus cifras y estadísticas, sin poder responderse por qué hay tanta gente que queda relegada. Quienes la objetan se paralizarán con sus propias contradicciones, sin reparar que la globalización, que es inexorable, no es en sí el enemigo al que parecen identificar, sino que lo es la ideología que accidentalmente monopoliza su discurso.

Lo que nos queda claro, en todo caso, es que mientras la globalización accione con tanto pasivo, es decir, con tanto espectador cada vez menos acomodado, a pesar de toda la represión que el sistema sea capaz de desplegar, el rechazo al orden cosmopolita al que se supone que nos dirigimos se extenderá, con el potencial respaldo de los principios y valores que ahora se pretenden soslayar o neutralizar. Y entonces dejará de ser tinta aquella frase con la que, a pesar de la tragedia, se cierra la novela: **Kandinsky vive.** ☩

(22) HARDT, Michael y Antonio NEGRI, *Imperio*. Buenos Aires: Paidós, 2002. p. 61.

(23) BRITTO GARCÍA, Luis. Op. cit.; pp. 18-19.